

Situación Económica y Social de México de la Independencia a 1870

José Agustín Ortíz Pinchetti,

Profesor de Historia del Derecho Mexicano en la Universidad Iberoamericana

Hace 100 años la sociedad mexicana sufrió una convulsión que hizo estallar estamentos políticos y sociales tan duraderos que muchos creyeron eternos,

No sólo se destruyó una organización económica sino también una forma particular de ver la política, la sociedad y la vida cotidiana; la misma cultura nacional se vio afectada gravemente. Al restaurarse la República en 1867, después de una guerra civil que se convirtió en una guerra internacional, ambas desastrosas para el país, el bando vencedor se dedicó a crear un nuevo Estado que a su vez promovería la creación de una nueva estructura social, un Estado planeado conforme a modelos occidentales muy avanzados y que incluyó para su organización entre otros formidables aparatos de progreso, un Código Civil cuyo centenario hoy celebramos.

Esta celebración no tendría objeto si no extraemos alguna lección de la experiencia histórica del conflicto que generó tan grandes cambios y no podríamos extraerla sin entender por lo menos algunas de sus causas profundas,

A los que nos interesamos vivamente por la Historia Mexicana, nos asombra la duración y la ferocidad de la lucha entre conservadores y liberales, y nos preguntamos por qué nuestros tatarabuelos llegaron a las manos con tanta convicción y en una forma tan sangrienta. Es imposible en una intervención tan breve presentar una explicación completa; me limitaré a observar con ustedes algunas facetas críticas de los orígenes del conflicto, la situación general del país, la distribución de la propiedad y la composición de la sociedad. Los maestros que me sucederán en la exposición, se encargarán de presentar a ustedes una visión de las posturas ideológicas y jurídicas de los contendientes.

Antes de estallar la guerra de la Reforma, el país tenía unos ocho millones de habitantes. La economía estaba en ruina y la cuestión política era tan desastrosa que en los últimos 30 años la nación había tenido 7 congresos

constituyentes, 3 constituciones, 1 acta constitutiva, 1 acta de reforma, 2 golpes de estado, 8 cuartelazos, 35 presidentes, 1 emperador, 2 dictadores, docenas de planes revolucionarios, veintenas de asonadas, centenares de manifiestos y declaraciones, y, en fin como dice Emilio Rabasa, "todo cuanto el ingenio descontentadizo ha podido inventar para mover al desorden y encender los ánimos".

No puede negarse que el Gobierno español y la elite colonial habían creado en 300 años de dominación una economía y una sociedad defectuosas, pero estables y además una prosperidad suficiente para dar comodidad y hasta lujo a las clases superiores, y para auxiliar generosamente en los propósitos ultramarinos del Imperio Español.

La revolución de Independencia y la anarquía posterior destruyó casi todo lo que se habría hecho; se deshicieron los vínculos de respeto a la autoridad y de tráfico cultural y económico que mantenían unidas a las fracciones del vasto reino: entonces se produjo un regionalismo malsano y se favoreció la intervención extranjera: el país se vió mutilado en el norte y en el sur y muchos estados intentaron separarse o anexarse a los Estados Unidos; la economía nacional estaba en decadencia, el campo improductivo afectado por el latifundismo y la falta de comunicación, la minería arruinada, el comercio prosperando dificultosamente y la naciente industria impotente ante la competencia foránea: el gobierno padecía una debilidad orgánica producto del desastroso estado de la economía. La organización fiscal y administrativa a nivel nacional habían desaparecido; carentes de recursos los gobernantes se inclinaban ante las presiones del clero, el ejército y los agiotistas.

En este cuadro de caos destaca la compacta presencia de la Iglesia Católica. La Iglesia había sido muy poderosa durante la Colonia: dominaba sin alternante en el campo religioso, había moldeado la cultura nacional, era el poder financiero de la época, controlaba una gran riqueza económica e influía poderosamente en la política, sin embargo, estaba eficazmente sujeta al Poder público gracias a una institución muy eficaz: el Real Patronato que otorgaba al Estado prerrogativas en cierta forma abusivas respecto a la organización y funcionamiento del clero, pero que permitió mantener un delicado equilibrio de fuerzas que fue una de las razones claves de la paz durante la época Colonial. Pero este instrumento de compensación perdió su vigor después de la Independencia: el clero se enfrentó no a un Gobierno prestigiado y sólido como el español, sino a camarillas de ambiciosos que jugaban a ser Emperadores, Altezas Serenísimas o Presidentes de la República, y cuyos dineros apenas

alcanzaban, y no siempre, para pagar a los ejércitos que los sostenían.

El clero era la única organización que no sólo abarcaba toda la nación sino que estaba bien jerarquizada, disciplinada y era rica; el desorden y la debilidad de los demás factores propiciaron su expansión y el clero careció de visión histórica para autolimitarse; al oponerse a todo cambio liberal sirvió de núcleo a todos los segmentos de la población inclinados al viejo orden autoritario y dogmático que en aquella oscura época de rapiña y desorganización se identificaban con la estabilidad y la prosperidad perdida de la Colonia.

El excesivo poder del clero fue una de las causas de su derrota posterior, no sólo lo enemistó con los liberales que veían en él al obstáculo más poderoso en su tarea de renovación sino también azuzó la codicia de los ricos de la ciudad y del campo que, siendo al principio sus aliados, tomaron luego en muchos casos el bando contrario para apropiarse de sus bienes.

Es bueno destacar la influencia ejercida en el conflicto por los agentes de las Potencias imperialistas que aprovecharon la tensión y el desorden de la joven sociedad en favor de sus intereses, pero considero injustificado considerarlos como sus auténticos promotores.

Los liberales constituyeron al principio una minoría impopular, pero fueron robusteciéndose al correr de los años, el partido de la tradición y del viejo orden fue perdiendo poco a poco puntales: pero la Iglesia cegada ante la evolución de los hechos, siguió asociada a él hasta el fin. Curiosamente, como lo señala López Cámara, al polarizarse la lucha y hacerse extensa a todo el país, unificó a la nación por primera vez terminando con el período agónico de desmembración y turbulencias.

LA RIQUEZA

Acerquémonos ahora a otro aspecto esencial: intentaremos resumir cómo estaba distribuida la propiedad de los medios productivos. Apreciamos ante todo un notable incremento de la propiedad rural que tiende a extenderse y a concentrarse; el fenómeno se desarrolla a costa de los españoles arruinados y de los pequeños agricultores y a favor de los hacendados y del clero. Esto se explica parcialmente porque después de la Independencia se relajaron las medidas de protección que la Corona daba a los campesinos indígenas; pero el latifundismo no significó la prosperidad, hizo más fuertes las diferencias, permitió que muchas tierras quedaran ociosas.

La Iglesia estaba fuertemente ligada a las clases agrícolas, arrendaba a precios muy bajos sus tierras a los pequeños agricultores y prestaba cantidades importantes con réditos módicos a los grandes hacendados: además, generosamente les renovaba las garantías hipotecarias. Es cierto que los latifundistas no invertían el dinero en sus cultivos sino en gastos personales suntuarios, por lo que lentamente sus tierras iban pasando a manos del clero.

El desorden y la decadencia de la época afectaron al campo mexicano, la producción, aislada en regiones, apenas alcanzaba a cubrir las necesidades locales, el mal estado de los caminos y los abusos fiscales desalentaban la exportación; para no producir excedentes y provocar la caída de los precios, los agricultores se fijaban metas modestas; esto provocó un estancamiento crónico de la economía rural.

La Iglesia era el principal propietario y el principal prestamista de la época, su riqueza provenía de variadas fuentes: las viejas Mercedes otorgadas por los Reyes, las compras oportunas, los derechos que cobraba a la población por servicios eclesiásticos respecto de los cuales contaba incluso con el apoyo coactivo del Estado, los intereses de los préstamos que colocaba y los innumerables donativos, limosnas y legados que recibía en efectivo y en especie de todas las clases sociales.

La Iglesia no pagaba impuestos y sus bienes no podían ser enajenados, por lo que sus propiedades solo crecían, pero en detrimento de la economía general y del gobierno: a medida que aumentaban, mayor número de bienes salía del tráfico comercial y se sustraían al régimen fiscal; en otras palabras, su expansión económica significaba la paralización y la muerte de importantes áreas económicas, no podía crearse una sociedad capitalista sin hacer fluir esa riqueza ni podía crearse un Estado fuerte sin gravarla con impuestos. Estas fueron dos de las más importantes metas de los liberales.

Según diversos cálculos, las propiedades de la Iglesia ascendieron a una suma que fluctuaba entre los 300 y 700 millones de pesos, cantidad enorme si pensamos que el Gobierno no percibía en esa época ni siquiera 15 millones de pesos como promedio anual.

La riqueza económica se generaba también en la industria y en el comercio. La industria manufacturera apenas despuntaba alentada por el débil Estado. Hay cierto renacimiento de la minería que nunca alcanzó a producir ni siquiera la cantidad mínima de los últimos años coloniales. Es en este sector

donde penetra por primera vez el gran capital extranjero, particularmente el capital inglés.

El comercio se desarrolló notablemente superando graves problemas como eran el regionalismo, los abusos fiscales y la inseguridad de los caminos; ante la depresión de las demás áreas llegó a ser la actividad más remunerada. Los progresos del comercio y de la industria fueron produciendo un nuevo sector social muy dinámico, integrado en buena parte por los extranjeros que simpatizó con los liberales.

Podemos decir que la propiedad de los bienes de producción (salvo las tierras comunales de los pueblos y los pequeños ranchos) estaba en manos de una elite predominantemente de raza blanca, compuesta por el clero y los grandes hacendados herederos de la Colonia. Los industriales y comerciantes formaban capas nuevas y progresistas y finalmente como lo he dicho se inclinaron hacia el bando liberal. La mayoría de la población, mestizos e indios, apenas alcanzaban las migajas de lo que se producía, el medio económico sólo les permitía, y trabajosamente, alcanzar el nivel de subsistencia. El escaso poder de compra de este enorme sector era, como hoy, el más fuerte obstáculo para la prosperidad general.

LA VIDA SOCIAL

Es un lugar común la afirmación que nuestra sociedad no sufrió cambios con la Independencia política; aunque consideramos acertada esta afirmación, creemos que debe ser matizada cuidadosamente; en términos generales las capas superiores siguieron siendo minoritarias, de raza blanca, compactas, enemigas de los cambios, autoritarias y racistas; debe apuntarse el desplazamiento de los criollos hacia la cuspide social. Muchos de ellos habrán sido muy ricos antes de la Independencia pero con la expansión de la propiedad rural, y con la emigración, ruina o expulsión de muchos españoles, pudieron consolidar sus propiedades y, en cuanto a la política, su ascenso fue más notable ya que con el correr de los años los españoles fueron desplazados definitivamente. Sin embargo, el desorden político de las primeras décadas no habla muy bien de las capacidades de los criollos para el mando.

Hemos apuntado el incremento del poder social del clero y de los hacendados; debemos anotar también la creciente influencia del ejército que se convirtió en un factor sin frenos, corrompido y voraz, celoso de sus privilegios y enemigo de la causa liberal; los cuadros de mando del ejército provenían de las

clases acomodadas, y en su tiempo estuvieron del lado de los conservadores y de los imperialistas; entre ellos surgieron algunos de los más brillantes soldados que ha producido el país.

Los hacendados formaban un grupo estrecho, falsamente aristocrático descrito por los observadores extranjeros como: torpe y codicioso. Los rasgos negativos de la gran hacienda mexicana estaban ya presentes en esta época: encadenamiento de los peones por las deudas, bajísimos salarios, ausentismo de los amos, escasa productividad, etc.

LOS SECTORES NUEVOS, EL CLERO, LAS CAPAS BAJAS

En el nivel más alto de la sociedad aparecen, como lo hemos señalado, nuevos sectores: los grandes comerciantes y los industriales, y también se incrementan las capas sociales intermedias formadas por artesanos, pequeños comerciantes, intelectuales, empleados, administradores de las haciendas, profesionistas y el bajo clero; fue en esta área donde se esparcieron las ideas liberales y donde se reclutaron a los directores del partido progresista.

El clero vivía una situación particular, sus miembros no pertenecían a la misma extracción social y desde la Colonia se dividió en dos estratos: el clero alto, el más culto y el más retrógado, el que controlaba las propiedades de la Iglesia y el que se opuso a cualquier arreglo con los liberales, y el bajo clero, pobre y en algunos casos de costumbres relajadas, ligado al pueblo y en general favorable a la renovación.

La mayoría de la población estaba compuesta de las clases bajas las que se encontraban en un estado deplorable de pobreza, incultura y abyección. Estaban compuestas fundamentalmente por indígenas o por mestizos—indios que vivían en algunos casos, apartados de la sociedad nacional, en las montañas o que luchaban salvajemente en la zona desértica o en la península yucateca contra la expansión de los blancos. Había 6 millones de campesinos y de aldeanos, explotados por los hacendados, que producían la escasa riqueza del país, que engrosaban mediante la leva brutal los ejércitos. Fueron los más castigados por el desquiciamiento económico, por la guerra civil y el bandolerismo; permanecieron dóciles y sumergidos en el pensamiento mágico, embrutecidos por el alcohol y por la superstición. En las ciudades iba apareciendo un proletariado formado por artesanos y obreros, también en pésimas condiciones de vida.

Los grandes sectores del pueblo no simpatizaron con las ideas de

renovación cuando fueron planteadas por primera vez, ya que las sentían contrarias a sus convicciones tradicionales pero después dieron su apoyo a los liberales, particularmente cuando con la intervención, la causa liberal se identificó con la defensa de la Independencia.

En la zona urbana y en el campo los sub—ocupados y desocupados formaban legión; en las principales ciudades constituían la pintoresca chusma de vendedores, mendigos y pícaros, y en el campo las bandas de asaltantes de gran camino que llegaron a influir en la política y que auxiliaron tanto a los conservadores como a los liberales en su campaña militar.

Esta era en rasgos muy generales la sociedad mexicana al mediar el siglo pasado, aparentemente endurecida; idéntica a la sociedad Colonial sufría ya una transformación silenciosa; razonablemente ha sido llamada por Reyes Heróles la Sociedad Fluctuante.

TRASFONDO PSICOLOGICO EN LA LUCHA

No basta conocer el estado social y la distribución de la propiedad para entender los orígenes del conflicto de la Reforma, es necesario conocer el pensamiento político y jurídico de los contendientes a los que se referirán los siguientes expositores y también el contenido emotivo del antagonismo, del que haré para terminar una breve alusión: creo que los conservadores deseaban no sólo restaurar una determinada organización política y social sino un modo de vivir, un ambiente social donde los sentimientos de seguridad y de pertenencia eran muy fuertes, donde no había libertad individual pero tampoco dudas angustiosas ni desgarradora competencia; donde el Gobierno mantenía la paz con la enérgica autoridad de un padre y la Iglesia proporcionaba amorosamente la verdad en la cual creer y daba el consuelo a las miserias cotidianas. Los progresistas ofrecían otra actitud emotiva, la del individualismo que significaba enormes posibilidades de exploración, pluralidad, emancipación y progreso pero también desafío a la tradición materna; soledad e inseguridad.

Es cierto que los liberales cometieron muchos crímenes y estupideces en nombre de la libertad y del progreso y también que fracasaron parcialmente en su intento de crear una nación moderna porque el modelo que proponían no era aplicable para México, pero su lucha tuvo sentido en cuanto a que representaron la necesidad inaplazable del cambio y a que cancelaron definitivamente a la vieja sociedad Colonial y a sus residuos medioevales. Con ello abrieron el camino para la unificación nacional y para el desarrollo.

Por lo tanto, en mi concepto tienen perfecto mérito al homenaje que se les hace. Los conservadores fueron derrotados porque no luchaban propiamente contra otro partido sino contra la historia, es decir contra la corriente evolutiva y ascendente que es la vida de los pueblos. Ofrecían la ilusión de regresar a la prosperidad y a la tranquilidad de un tiempo perdido, pero al ofrecer el pasado ofrecían cosas muertas y el país necesitaba una esperanza viva que lo condujera a la reconstrucción.

Considero que de lo dicho puede desprenderse una lección, muy obvia y aplicable también para nuestro tiempo: el único porvenir de los partidos retrógrados es su liquidación.